

GENTE

Planas i Sanmartí

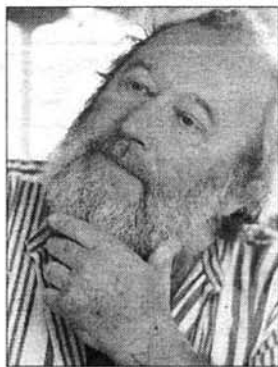
Albert Rouiller expone su nueva visión de la vida mediante una explosión de colores felices

De Albert Rouiller diríamos que es un hombre corpulento y aparentemente contradictorio si cayéramos en el demasiado frecuente error de juzgar a las gentes por su aspecto. El de Albert, por ejemplo, es saludable, pero su salud es mala y quebradiza. De modo y manera que Albert no es lo que aparenta. Su enorme corpachón, además, puede inducir a creer que se trata de uno de estos hombretones carentes de cualquier asomo de sensibilidad. Falso, también. Se trata de un espíritu joven que propende a ser seducido por los más tiernos sentimientos y dado a la ilusión y el gozo.

Albert, sin embargo, no podría, aunque se lo propusiera, ocultar su alma y condición de artista, porque le delatarían la mirada y la palabra. Suizo francófono, nació en Ginebra en 1938, y lo hizo con una inclinación al arte para cuyo cultivo, además, está sorprendentemente dotado. Por supuesto que el muchacho cumplió el rito o requisito de un paso reglamentario por la Ecole des Beaux Arts de su ciudad, para, de inmediato, emprender el vuelo hacia Eivissa, una isla que le seducía como lo hacía con aquella juventud de los años de tránsito entre las décadas de los 50 y 60 en que apareció el movimiento hippy, al que, por el contrario, Albert no perteneció y del que huyó tras dejar un amigo al que admiró de inmediato: el pintor Tur Costa.

El joven Rouiller emprende, pues, la aventura del arte y se hace escultor. Los escultores no nacen, se hacen. Es imprescindible un oficio que se aprende. O sea, a Albert las ideas le surgen por la elaboración racional de las vivencias, impresiones y emociones que le entran por los sentidos, anidan en su alma y se concretan mediante el ejercicio de oficios tan nobles como el de carpintero, herrero o, como ahora, carpintero de ribera. Pretendo explicar que, para ser escultor, hay que trabajar en sentido bíblico: sudar, emplear las manos con habilidad y dejarse la vida en el empeño. Albert quizás se haya empeñado en exceso porque el cultivo de su oficio le amenaza muy seriamente.

Radicado en Mallorca desde el año 88, cayó fulminado, hace poco, pero no como por un rayo, sino a consecuencia de lentos aunque devastadores efectos derivados de su actividad artesanal. Su maquinaria falló y acabó mandándole al hospital durante tres meses, dictando una sentencia, afortunadamente suspendida. El hombre, pues, no es el hombre invencible, sino el gigante herido. Pero no vencido, sino renacido y gloriosamente feliz, sin moretones en el alma. Bebemos un *coup de rouge* al fresco de una noche de Petra, sentados a un velador, conversando. Albert transmite la *joie de vivre* y, como consecuencia, respira felicidad por sus poros, todos y cada uno de ellos.



Albert Rouiller.

Su nueva visión de la vida le ha hecho cambiar su concepción del arte y puede, incluso, que su filosofía y el concepto de servicio. El artista ha de transmitir felicidad y, para ello, debe ser feliz, piensa. No se puede dar lo que uno no tiene. Y si los ojos

podrían estar cansados, la mirada es abierta, límpida, clara, fuerte, viva y alegre, como su última escultura. Es una obra que rebosa alegría pero no es la obra de un joven, por dos razones elementales: se basa en un oficio que requiere estratos de tiempo y la alegría que muestra no es explosiva, sino reflexiva. Digamos que experimentada. O sea, no es la que se siente cuando se emprende una aventura, sino cuando se culmina. Aunque Albert prosigue viaje, por supuesto.

Y su versatilidad le permite un lujo: pinta en tres dimensiones y esculpe en dos. Es el resultado de una transformación formal, más que conceptual, consecuencia de la reflexión y la depuración del oficio. Albert, con su vitalismo y su poderío físico, pese a todo, pudo salir del envite arrojando a propios y extraños y, sin embargo, lo ha hecho estallando en colores y maravillando a todos con la sensibilidad y ternura de su nueva mirada.

Albert Rouiller. *Mutants*. Galería Quàsars, de Manacor. Pinturas sobre papel y esculturas. De 40.000 pesetas a 1.000.000.